

## DIFUNDIR LA VERDAD: CARIDAD Y VERDAD

por

JOSÉ ANTONIO G. DE CORTÁZAR.

La doctrina de la Iglesia ha considerado siempre como elemento esencial de su afirmación de la verdad, el deber imperioso de difundirla. Y al expresarla, al evangelizarla, al hacer circular su mensaje entre los hombres —son palabras de Paulo VI—, es necesario saturar la verdad de amor, “buscar la verdad con caridad”, como pedía San Pablo, “actuar la verdad en la caridad”, que afirma Guardini; comunicar con entero amor la entera verdad, sin prestarse jamás a su falsificación o su endulzamiento en aras de una errónea caridad, que sólo sirve para traicionarla.

\* \* \*

Verso esencial en la gran estrofa de la verdad —conocerla, vivirla y difundirla— es el que nos conjura imperiosamente a la urgente e inaplazable tarea de acometer la difusión, la evangelización de esa buena nueva que es la verdad íntegra, la verdad esencial. La verdad grita —podíamos decir copiando el aforismo antiguo— por su expansión; la verdad exige por su propia naturaleza su difusión universal.

Aquel patético y singular cristiano que se llamó Charles Peguy reiteraba con voz de gran aliento: “Hay que decir la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad... Quien no proclama la verdad cuando la conoce se hace cómplice de los mentirosos y de los cobardes.”

Juan XXIII nos pedía emocionadamente que dijéramos la verdad, que obráramos la verdad. Y unos años antes, su antecesor Pío XII en su *Radiomensaje de Navidad de 1954* proclamaba: “La verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida. También la verdad, particularmente la cristiana, es un “talento” que Dios pone en las manos de sus siervos para que con sus empresas fructifique en obras de salvación común. A todos cuantos se hallan en posesión de la verdad querríamos Nos preguntar, antes que lo haga el eterno

Juez, si han hecho fructificar el "talento" de modo que merezcan oír la invitación del Señor al entrar en el gozo de su paz".

En la *Declaración sobre Libertad Religiosa del Concilio Vaticano II*, en su número 14, párrafo 4, se eleva a documento conciliar la misma tesis incansablemente defendida por el magisterio: "Porque el discípulo tiene la obligación grave para con Dios Maestro de conocer cada día más la verdad que de El ha recibido, de anunciarla fielmente y de defenderla con valentía (subrayo para aclarar ciertas posturas irenistas que se confunden con el indiferentismo), excluidos —sigue— los medios contrarios al espíritu evangélico."

"Amar a otro —observa desde la soledad de su claustro cisterciense Thomas Merton— es querer para él lo que sea realmente bueno, y ese amor ha de basarse en la verdad." Y agrega después: "Para amar a otros rectamente, primero hemos de amar la verdad." Porque amar a los demás —señala el padre Danielou— "es querer su bien incluso contra ellos mismos".

\* \* \*

En un breve paréntesis vamos ahora, siguiendo a Vallet, a referirnos de pasada al concepto de caridad política tan íntimamente relacionada con el tema en su aspecto más concreto. No nos extendemos en él porque ha sido objeto de otra ponencia en una reunión anterior de los Amigos de la Ciudad Católica. Esta caridad fue anunciada por Pío XI al dirigirse en 1927 a la Federación Universitaria Italiana. Para el egregio Pontífice "el terreno de la política que mira los intereses de la sociedad entera... es campo de la más vasta caridad, de la caridad política, (concepto), del que se puede decir que ningún otro lo es superior, salvo el de la religión...". Esta caridad política nos obliga a conocer y difundir la doctrina social de la iglesia que según la lúcida mente de Pío XII en su *Décurso a la Acción Católica italiana* el 29 de abril de 1945 "es obligatoria y nadie puede separarse (de ella) sin peligro para la fe y el orden moral". En síntesis, podríamos cerrar este apretado paréntesis, especificando que el concepto de la caridad política consiste en el deber de trabajar para la instauración de un orden social sano por medio de sanas instituciones.

\* \* \*

San Pablo describe la caridad con cinco notas positivas. La primera de ellas es la de que se complace con la verdad. Y es

que difundir la verdad es la primera de las exigencias de la caridad. El magisterio de Pío XI nos enseña: "Queremos también... tender la mano a todos los que sufren o están en la miseria..., en tanto que no se nos pida sacrificar la menor parcela de la santa verdad, que es la primera caridad." En una palabra, esquematzamos, la perfecta caridad, es, en definitiva, consustancial con la perfecta verdad.

En la *Constitución Conciliar "Gaudium et Spes"*, primera parte, número 28, párrafo 2, se afirma tajantemente: "Esta caridad y esta benignidad" —se refiere la *Constitución* a la que debemos sentir hacia los que piensen u obren de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa— "esta caridad y esta benignidad —repetimos— en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien."

Recientemente Paulo VI, en su *Carta al Congreso Internacional de Teología del Concilio Vaticano II*, escribe: "Pero cualquiera que sea la diversidad de opiniones que caracteriza a los participantes en el Congreso, será empeño sagrado para todos nunca separar el servicio a la verdad del deber de la caridad cristiana. Por ello habrán de esforzarse por poner en práctica las palabras del apóstol de las Gentes: «Buscando la verdad con caridad» (Efesios 4, 15)". Más adelante Paulo VI pide que el Congreso brille "no menos por el ardor de la caridad que por la luz de la verdad".

Si en las doctrinas del magisterio encontramos la perfecta formulación del binomio verdad-caridad, los escritores católicos no han vacilado en proclamar también la íntima unión de los dos conceptos. Vallet nos recuerda que caridad es enseñanza de la verdad a todo el que no la sepa. Para Guardini, inspirándose en San Juan, el amor, la caridad, no es tan sólo "emoción y sentimiento" sino "acción y vida". Ousset, por su parte, en los *Fundamentos de la Política*, dice a este respecto: "Piedad para el que esté en el error o para el error mismo. La verdadera caridad no conoce otra Ley. Porque amar al prójimo, ¿qué significa sino desear su bien? ¿Y qué bien puede llegarse si desde el comienzo se le deja perder en el error y el mal? ¿Qué pensaríais de la caridad de un hombre, escribe León Bloy, que dejase envenenar a sus hermanos por temor de arruinar, advirtiéndoles, el buen nombre del envenenador? Yo digo que en este caso —continúa— la caridad consiste en gritar a voces."

El inmortal dominico Padre Garrigou-Lagrange nos ha dejado imperecederas páginas sobre la materia: "El amor a la verdad sin la caridad hacia el prójimo degenera en celo amargo,

que amonesta a los otros a diestro y siniestro en vez de corregirse a sí mismo... Pero, por otra parte, la caridad hacia el prójimo sin el amor a la verdad, sobre todo a la verdad divina revelada, degenera en un liberalismo inconsciente que se le hace pasar por generosidad y que se desliza hacia el indiferentismo."

Sobre este punto el padre Danielou insiste: "Pero si la primera de las caridades es dar la verdad, esta verdad debe darse en la caridad... No solamente el dar la verdad es una forma de caridad, sino que la verdad misma es caridad, porque su objeto es el amor."

No hace mucho el cardenal Bea se preguntaba: ¿Cuál es el camino seguro para la búsqueda de la verdad? Y se contesta: "La caridad auténtica para con el prójimo." Y agrega que muchas veces la caridad mal entendida es debilidad nociva, "porque así la caridad no va unida a un amor eficaz de la verdad". A continuación añade: "El amor a la verdad sin caridad se convierte en intolerable y repele. La caridad sin la verdad es ciega y no puede durar." Por último repite la misma doctrina de la Iglesia iniciada por San Pablo y seguida por el Magisterio: "Es necesario practicar el amor de la verdad en la caridad." Por su parte, Monseñor Guerry ha acuñado espléndidamente esta frase: "hay que ejercer la más gran caridad: la de la verdad". Hace ya más de tres siglos una conmovedora caña al viento, Blas Pascal, escribió: "La verdad por sí sola sin caridad se convierte en un ídolo."

\* \* \*

Vivimos tiempos revueltos, de pensamiento confuso y de ideas desordenadas, en los que se quieren imponer hipótesis científicas o filosóficas como si fueran leyes inmutables u opiniones de teólogos o filósofos como si fueran verdades de fe, con olvido completo de la luz que arroja esplendorosa el magisterio de la Iglesia. Y uno de los peligros más acuciantes para nuestro tiempo, por no haber comprendido las tesis de los últimos Pontífices y las declaraciones del Concilio Vaticano II, es la proclamación de una falsa caridad que nos induce a reducir la verdad, a endulzar la verdad o a acortarla o limitarla.

Ya San Juan Bautista Vianney advertía para su tiempo: "No hay que tener falsa caridad. Hace falta decir la verdad." Y Rupp ha apuntado sutilmente: "Endulzar la verdad para evitar que se moleste a éste o a aquél no es practicar la caridad, es traicionarla." Veillot sobre el mismo asunto clamó con su contundente dialéc-

tica: "Tengamos cuidado de que el temor de dejar de ser amables termine por quitarnos el valor de ser veraces." Con la falsa caridad nos adentramos en el mismo despeñadero del escepticismo que, como observa Maritain, resulta tan intolerante como el fanatismo, pues se convierte en el fanatismo de la duda.

Pero más que nadie, por su magisterio esencial, han sido los propios Pontífices los que nos han puesto en guardia en este terreno tan resbaladizo. Pío XI, en su Encíclica *Mit Brenender Sorge* enseñó: "Este amor inteligente y misericordioso para con los descarriados y para con los mismos que os ultrajan no significa, ni en manera alguna puede significar, renunciar a proclamar a hacer valer y a defender con valentía la verdad, aplicarla a la realidad que os rodea."

Y no hace mucho, en la Encíclica *Ecclesiam suam*, Paulo VI escribía: "Pero queda un peligro; el arte del apostolado es arriesgado: la solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad respecto al compromiso con nuestra fe."

\* \* \*

Esta, pues, es nuestra empresa: difundir la verdad con caridad, con amor, sirviéndonos, como se lee en la *Declaración sobre Libertad Religiosa*, "del magisterio, de la educación, de la comunicación y del diálogo".

En su magistral Encíclica *Ecclesiam suam*, Paulo VI ha sintetizado la íntima unión de la verdad con la caridad y la difusión de la verdad a través de la caridad por el vehículo del diálogo. "El deber congénito del patrimonio recibido de Cristo es la difusión, es el anuncio; bien sabemos: «id, pues, y enseñad a todas las gentes», es el supremo mandato de Cristo a sus apóstoles. Estos, con el mismo nombre de apóstoles, definen su propia indeclinable misión. Nosotros daremos a este impulso interior de caridad, que tiende a hacer don exterior, el nombre, hoy ya común, de diálogo." Esta proclamación de la verdad con caridad exige como caracteres la claridad, la afabilidad, la confianza, la prudencia. El diálogo que abre la Iglesia con el mundo en su misión de proclamar su verdad no es —lo dice Paulo VI— orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. "Su autoridad es intrínseca —destaquemos nosotros— por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone." Y como resumen de los caracteres del diálogo de esta forma de difusión de la verdad, Paulo VI afirma: "Cuando el diálogo se conduce así,

se realiza la unión de la verdad con la caridad, de la inteligencia con el amor.”

Como certeramente ha escrito Ousset, para que surja el diálogo es necesario la existencia de una sociedad rica en cuerpos intermedios, porque no hay diálogo, no puede haberlo, en una sociedad de masas, y sólo en esos microgrupos cabe el diálogo plenamente humano. Sobre todo es en tales condiciones —observa Ousset— donde puede haber diálogo y puede cumplirse lo que Paulo VI ha dicho en *Ecclesiam suam*, que “el clima del diálogo es la amistad”. Y esto sin que el diálogo tenga que llegar a ser “una debilidad respecto a los compromisos de nuestra fe”, sin que tenga que “transigir y transformarse en compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción”. Agrega Ousset estas esclarecedoras palabras: “Por todo esto, esta unión de la verdad y de la caridad”, como dice el Papa, esta alianza “de la inteligencia y del amor...” no es concebible, no es psicológicamente posible más que en ese grado de familiaridad, de estima, de confianzas personales que es el de las instituciones no masificadas por el totalitarismo, el de los cuerpos intermedios en los que según Pío XII los hombres profundamente penetrados del sentido de la responsabilidad se sienten con más estrecha solidaridad con el medio en que viven”.

\* \* \*

Nuestra misión, desde el aspecto concreto que he expuesto muy someramente ante ustedes en esta charla, es difundir, pues la verdad.

Eugenio —nuestro magnífico y arrebatador Eugenio Vegas— escribió hace ya más de treinta años que teníamos que esforzarnos para “sembrar la verdad sin ocuparnos de recabar patentes ni exclusivas, sin saber quién recoge, renunciando por anticipado a todo posible provecho.” “Porque las ideas falsas y sus efectos —continúa con su estilo de acero— sólo se combaten con la difusión incesante de las verdaderas.” “Al lado de la doctrina —sigue Eugenio— hace falta la acción. La una es complemento indispensable de la otra. Acción sin doctrina vale como edificar sobre arena. Doctrina sin acción es levantar castillos en el aire”.

Servir a la verdad y a la caridad con ánimo pronto, espíritu incisivo, afán apostólico, ha de ser, en último término, el compromiso de todos ante el difícil tiempo que nos ha tocado vivir. Con la verdad y la caridad no debe haber sitio para el temor. “Pues —como dice San Pablo— no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de fuerza y de amor.”